

I.E.S. PORTA DA AUGA. RIBADEO

Departamento de Lengua Castellana y Literatura

Concurso de relato breve

Ganadores



1º
Miradas



2º
El Fin



3º
Pequeña gotita
Querida Astarté

Os presentamos las narraciones ganadoras del **Concurso de Relato Breve**, convocado por el Departamento de Lengua Castellana y Literatura. La gran cantidad de trabajos presentados y la calidad de los mismos animó al jurado a conceder dos terceros premios

Miradas es un relato intimista, marcado por un profundo lirismo, en el que la autora hace gala de una destreza en el uso del idioma que nos invita a seguir esperando sus nuevos escritos, en lo que será, sin duda, una trayectoria literaria brillante.

El Fin ha sabido dar vida en un mismo relato a una lentejuela, a una pelusa y a un hilo fucsia en una historia sorprendente en la que no faltaba más que “un chicle rosa de aspecto pegajoso”.

Pequeña gotita es chiquitina, pero cargada de sentimiento. El autor tuvo la capacidad de animar a un ser tan diminuto para interesarnos con su frágil, pero intensa vida de símbolo de la tristeza.

Querida Astarté muestra una riqueza estructural considerable: diálogo, narración en primera persona, relato dentro del relato, que indican que su autor maneja bien las técnicas narrativas.

Entre los que no han sido premiados hay cuentos muy buenos, pero los premios eran tres. Felicitamos a todos los participantes y estamos seguros de que en próximas ediciones del concurso seguirán apareciendo nuevos autores.



Miradas

Luisa Fernández Clavero
Primer premio



Hasta ese día, eran solo dos extraños que cruzaban miradas cómplices. Dos habitantes de las entrañas de un autobús que pasaba dos veces al día. Se sentaban, se contemplaban en silencio, se miraban, se sonreían, se comprendían. A veces, uno de ellos no cogía el autobús y el otro se preocupaba, aunque no supiese su nombre, aunque no hubiesen cruzado una palabra, aunque fuese solo otra hormiga en aquella maldita ciudad.

Hasta este día, sus ojos tejieron un puente entre sus vidas, hasta el punto en que, dos veces al día, se sumergían en sus miradas como en lagunas de aguas sedantes o frías. Hasta ese día. Llovía. Él esperaba en la parada, preguntándose dónde se podría haber metido ella. Entonces, ella apareció corriendo y él la miró con alivio. Ella no llevaba paraguas. Ocurrió lo inevitable, y él le ofreció con la mirada que se tapase con el suyo. Ella dudó y sintió vergüenza sin saber por qué. Pero aceptó. Como si el cielo lo hubiese visto todo, ese fue un otoño muy lluvioso. Compartían paraguas y miradas. Nunca se dijeron nada, ni una mínima palabra, pero los dos lo sabían. Lo sabían todo sobre sus vidas. Todo. Y se querían.

De pronto, un grito. Él subió al autobús y, desde ese momento, ella lo supo. No. Los milímetros, centímetros, metros y quilómetros del viaje pasaron como un rayo infernal. Él le dijo me acordaré de ti. Ella no dijo nada. Él se bajó del autobús, tropezando con su soledad y ella se pegó con fuerza al cristal. Por última vez, se miraron. Él no tuvo valor para decir que se volverían a ver. Mientras el autobús avanzaba, ella lo vio marchar como a un trozo de su vida.

Toda su vida.

Adiós.



El Fin

Alejandra Pardo Domínguez
Segundo premio



Todo eran gritos en aquella casa llena de gente en la que, en ese mismo momento, se estaba celebrando una fiesta. Yo soy la lentejuela de un vestido, y llevo toda la noche intentando despegarme de ese horroroso vestido. Ahora, que por fin me he soltado, me voy acercando hacia la ventana por la que, en breves instantes, saldré de ese piso ruidoso. Pero, justo cuando por milímetros no estoy fuera, una fuerte corriente de viento me lleva hacia la otra parte de la habitación. Caigo en la alfombra de rayas marrones y blancas y me encuentro con una pelusa.

- ¡Fuera de mi alfombra! - gritó la pelusa.
- Lo siento, no fue mi intención caer en tu alfombra, me trajo el viento- le respondo.
- ¡Oh! Veo que no ha sido intencionadamente y que eres educada, en ese caso, quédate a hacerme compañía.
- De acuerdo, podemos también nosotros hacer una ...
- ¡Silencio! Algunas necesitamos dormir para conservar nuestra belleza- gritó un hilo fucsia.
- ¿De dónde sales tú? - dijo la pelusa.
- ¿Yo? pues me solté del vestido de aquella chica - contestó el hilo.
- Ahora ya somos tres, podemos hacer algo para entretenernos - propongo yo.
- Sí, me parece bien - contesta la pelusa.
- Yo debo descansar, pero ... la verdad es que no me apetece.
- Pues, ¿por qué no vamos hacia la terraza? - digo yo.
- ¡Ay! No, no, es demasiado arriesgado, podría salir volando - dijo el hilo.
- El hilo tiene razón - dice enfadada la pelusa.
- Pues con vosotros no se puede hacer nada, para eso quedaos los dos aquí, yo me lo voy a pasar bien.

Yo me alejo hacia la ventana, arrastrada por una leve corriente de viento hasta que estoy fuera de la casa. La calle está iluminada por los carteles, farolas, coches ... poco a poco me voy acercando al suelo, y veo, justo debajo de mí, un chicle rosa de aspecto pegajoso.



Pequeña gotita
Tercer premio
Carolina Martínez Ares



Yo nací un raro día de invierno, uno de estos días en los que es mejor no levantarse de la cama, supongo.

Laura estaba tan tranquila escuchando música cuando le llamaron por teléfono:

-Cariño, es Óscar- gritó su madre desde abajo.

Ella corrió al teléfono entusiasmada y, después de oír la noticia, yo salí a escena.

Broté de su ojo, rozando sus largas y hermosas pestañas bañadas en "rimel", me escurrí muy suavemente por su mejilla, mientras ella permanecía inmóvil, asimilando la noticia. Parecía que no quería despegarse de mí. Así que me recogió con su dedo índice y me dejó colgando de la punta de este, como si estuviera jugueteando conmigo. Finalmente, no lo pudo evitar y ... ¡pliff! Un pequeño e infantil sonido caía al lado del teléfono y producía un tremendo estruendo en la cabeza de Laura, era yo.

Mi vida no fue demasiado larga, lo suficiente, pensando en que soy un símbolo de tristeza y llanto, pero... ella no lloró, solo me creó a mí, aunque estoy segura de que este día no se le olvidará jamás.

Querida Astarté

Tercer premio

Daniel Fernández Fernández



-Papá, ¿quién era mi mamá?

-Ven. Daniel, te lo voy a contar.

Todo empezó el día seis de marzo de 1990. Parecía un día cualquiera: el cielo despejado, un sol brillante como acostumbra a hacer en el sur de Galicia en verano, un viento tan suave que rara vez conseguía hacer sonar las hojas de los cedros que adornaban la acera y, todos los niños y niñas del barrio jugaban en la calle, mientras no llegaba el autobús. Todos menos una, la misma de todos los días.

Era una chica de unos trece años de edad más o menos. Alta, delgada, rubia, con unos ojos tan brillantes como dos luceros y una boca pequeña, pero que dejaba asomar uno de sus pequeños dientes, tan blancos como perlas. Eso era precisamente lo que me atraía de ella.

Un día, me dispuse a hablar con ella y me dijo que se llamaba Astarté, que es el nombre de la diosa del amor según la cultura de Grecia. Ese nombre tan raro, pero a la vez tan bonito hizo que le preguntara más sobre ella. Al parecer, tenía catorce años, era americana, pero de padres gallegos, razón por la cual volvieron a Galicia. Cada día que pasaba, más me apasionaba esa chica, hasta el punto de que le pedí que fuese mi novia. Ella me dijo que sí inmediatamente.

Pasaron seis años y parecía que nuestro amor no tenía fin, por eso, la noche del catorce de junio de 1996, le pedí matrimonio con un anillo que tenía reservado desde hacía años para mi petición de mano. Ese anillo era muy especial pues era de mi abuela y me lo entregó antes de morir. Para mi sorpresa, Astarté se puso a llorar y me dijo que no. Yo le pregunté la razón de esa negación, pero ella sólo me dio una carta y se fue sin decir nada.

Cuando volví a mi casa, desconcertado, me senté en el sofá, abrí la carta y me dispuse a leerla entre lágrimas. La carta decía esto:

12-6-96. Roma



Querida Astarté:

Sé que te extraña que te escriba pero es muy urgente. Necesito que vengas a Roma porque me han diagnosticado una enfermedad hereditaria y tú también la sufres. Pregunta por mí en esta dirección: Calle Rodolfo, 45, Roma.

Te espero, hija mía.

Con cariño, tu padre.

Después de leerla, me quedé sin palabras y primero pensé que lo mejor era dejarla ir, pero pasado un año, no puede aguantar y tomé un vuelo hacia Roma. Busqué esa dirección y, una vez frente a la puerta, toqué el timbre. Me abrió ella misma y me dijo que le quedaba muy poco de vida y que yo le tenía que hacer un último favor: CUIDAR DE TI

Poco después, me enteré de que ya había fallecido, pero no me siento triste pues, la perdí a ella, pero te tengo a ti y nunca te dejaré marchar.



Y tal vez sea por eso, ahora que lo pienso, señoras y señores académicos, por lo que están ustedes dispuestos a admitir en el seno de su digna institución a algunos novelistas, y a hacer la generosa y disparatada merced de acogerme hoy a mí. Quizá sea tan sólo —y no es poco, bien mirado— porque, pese a todas las dificultades, las habidas y las por siempre haber, seguramente seamos los únicos que podemos contar sin atenernos a nada y sin objeciones ni cortapisas, o sin que nadie nunca nos enmiende la plana ni nos llame la atención y nos diga: «No, esto no fue así».

Javier Marías

Sobre la dificultad de contar